



VOLVER A FREUD.  
REFLEXIONES ACERCA DEL CONTEXTO CIENTÍFICO  
ACTUAL Y LA VIGENCIA DE LAS IDEAS  
PSICOANALÍTICAS COMO PARTE DEL MISMO

Dr. Iván Alberto Jiménez Rojas, MD\*

*“Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo.  
¿Y por qué no vais a deshojar vosotros mi corona? Vosotros me veneráis:  
¿pero qué ocurriría si un día vuestra veneración se derrumba?  
¡Cuidado de que no os aplaste una estatua!”*

*“Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco toda fe.  
Ahora os ordeno que me perdáis a mí y que os encontréis a vosotros;  
y solo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré entre vosotros”.*

*Federico Nietzsche.  
Así Habló Zaratustra*

**Resumen**

Se presenta una breve revisión del concepto de ciencia a través de su historia, en especial los conceptos centrales acopiados durante el siglo XX por la filosofía de la ciencia. El artículo invita a reflexionar acerca de las limitaciones del conocimiento humano para encontrar certeza en las observaciones científicas. Se analiza como través de la historia se han defendido paradigmas que no permitieron el paso a conceptualizaciones con mayor evidencia de certeza, al contrario, durante años y en ocasiones durante siglos, se han desestimado y estigmatizado formas de pensar diferentes al paradigma reinante. Se analiza el tema de las ideas psicoanalíticas cuyo caso no ha sido diferente. Freud mismo fue víctima de la descalificación de sus colegas debido a que su revolucionario pensamiento puso en jaque los paradigmas reinantes. En el contexto reciente la historia se ha repetido, a pesar de la inmensa evidencia clínica que prueba la existencia de motivaciones y deseos inconscientes, es notoria la estigmatización que han sufrido las ideas psicoanalíticas. Sin embargo, el siglo XXI ha traído consigo un nuevo aire al conocimiento del funcionamiento de la mente humana, basado en la integración de los saberes, el cual vislumbra la inevitable integración del pensamiento psicoanalítico.

**Palabras claves:** Ciencia, Evidencia, Paradigma, Freud, Psicoanálisis.

\* Médico Psiquiatra, Psicoanalista, Universidad de Cartagena, Universidad El Bosque, Asociación Colombiana de Psicoanálisis, Asociación Colombiana de Psiquiatría, Director Instituto Colombiano del Sistema Nervioso.  
direccion@clinicamontserat.com.co

Fecha de recepción: enero 2011      Fecha de aceptación: abril 2011

### Summary

This is a brief review of the concept of science through its history, especially the central concepts collected during the XX century by the philosophy of science. The article invites us to reflect on the limitations of human knowledge to find certainty in scientific observations. It analyzes the defended paradigms that did not allow the passage conceptualizations through history. For years and centuries further evidence of certainty, have rejected and stigmatized ways of thinking different from the prevailing paradigm. It examines the issue of psychoanalytic ideas whose case has not been different. Freud himself was a victim of disqualification of their colleagues because their revolutionary buzzed thought prevailing paradigms. Recent history has been repeated, despite the overwhelming clinical proof of the existence of unconscious motivations and desires. It is noticeable that psychoanalytic ideas have suffered stigmatization. However, the twenty-first century has brought a new look to the functioning of the human mind, based on the integration of knowledge, which sees the inevitable integration of psychoanalytic thought.

**Keywords:** Science, Evidence, Paradigm, Freud, psychoanalysis.

Cómodamente sentados en el sillón de la academia, acogidos en el seno de su autoridad y protegidos por su axiomática sabiduría, el devenir del conocimiento se nos antoja tranquilo y suficiente, tan solo perturbado por algunos inconformes que se oponen a acogerse ciegamente a las reglas. Son aquellos a los que la autoridad académica debe reducir con argumentos “racionales”.

Nada más parecido a un régimen totalitario que el entendimiento del conocimiento como algo dogmático que debe ser cumplido y que, en lugar de mantener la ilusión irreverente de la curiosidad del niño durante su desarrollo, encuentra sometida su voluntad por aquello a lo que Edgar Morín ha llamado “el poder imperativo y prohibitivo de los paradigmas”, “el cual hace reinar bajo los cielos conformismos cognitivos e intelectuales” (1).

Seguramente el camino para aceptar las ideas previamente establecidas

por hombres u organizaciones humanas, plenas de sabiduría, conserva el orden establecido al que todos aspiramos. Sucede como si cada encuentro del ser humano con un nuevo conocimiento lo llevara a defenderlo de forma decidida en la esperanza de que este sea el definitivo: “Nosotros tendemos a vivir un mundo de certidumbre, de solidez perceptual indisputada, donde nuestras convicciones prueban que las cosas son de la manera que las vemos” afirman Maturana y Varela (2). Más que una aspiración, la historia de la humanidad es prueba fehaciente de que los seres humanos tenemos en nuestro ordenamiento mental la necesidad de creer en algo o en alguien que nos de seguridad y nos proteja.

Al respecto Sigmund Freud, interesado por esclarecer la razón del porqué resulta tan importante para los hombres la creencia en Dios, la atribuyó a la necesidad de hacer tolerable la indefensión humana. Llegó a esta conclusión luego de reflexionar acer-

ca de la desprotección del infante y en general de la histórica indefensión de la “infancia de la humanidad”, por la cual los seres humanos acuden a la protección paternal (3). Basado en estas observaciones consideró que la creencia en Dios deriva de caracteres filogenéticamente determinados y se expresa en lo que él llamó el retorno de lo reprimido: “En efecto, no creemos que «exista» hoy un Dios único y grande, sino que en tiempos protohistóricos existió un único personaje que a la sazón debió parecer supremo y que, exaltado a la categoría divina, retornó luego en la memoria de los seres humanos” (4). En este mismo sentido es que Jaques Lacan desarrolla el concepto del “sujeto supuesto saber”, ese que es el representante del Otro idealizado al que tendemos a atribuir toda clase de virtudes (5). Interesante planteamiento este, el cual al momento de intentar hacer objetivo el conocimiento, señala que no se debe olvidar la necesidad humana de encontrar algo de certeza en lo que se percibe. Necesidad que puede llevar a engañosas ilusiones. Desde esta perspectiva, venida del psicoanálisis, encontramos que por ejemplo la creencia en Dios en realidad no nace de Dios mismo, sino de la necesidad del hombre de creer en un protector al que se le adjudican toda clase de virtudes.

Al abordar el tema del ordenamiento sistemático del conocimiento humano, es recomendable no dejar de lado lo expuesto, pues la creencia religiosa, no está lejos de la posición

dogmática de algunos hombres de ciencia que intentan acomodar la realidad al paradigma aprendido, antes que reconocer la posibilidad de disentir de él en aras del conocimiento. Desconocer el principio por el cual el conocimiento está siempre en posibilidad de ser replanteado, lleva a errores epistemológicos y metodológicos que conducen a ilusiones disfrazadas de certeza, las cuales a su vez alimentan sentimientos de omnipotencia y grandiosidad, con funestos resultados para la historia de la ciencia e incluso para la historia de la humanidad, no olvidemos que muchos genocidios han derivado de esas certezas incontrovertibles.

Varios filósofos de la ciencia han aportado al tema del dogmatismo en la búsqueda de certeza en el devenir del conocimiento científico y de la enseñanza de las ciencias. Tomas Kuhn, por ejemplo, señaló que la ciencia con frecuencia suprime innovaciones fundamentales, debido a que resultan necesariamente “subversivas en lo que respecta a sus compromisos básicos” (6), y agregó que en su opinión la fuente de la resistencia para aceptar las nuevas ideas, reside en la seguridad de que el paradigma de mayor antigüedad finalmente resolverá todos los problemas (6). De esta manera la investigación científica resulta una tentativa tenaz y ferviente de obligar a la naturaleza a entrar en los cuadros conceptuales proporcionados por el paradigma reinante en la educación profesional. Edgar Morin

opina que esta forma de proceder en la enseñanza de las ciencias constituye un riesgo, pues: “..., las mentes formadas por las disciplinas pierden sus aptitudes naturales para contextualizar los saberes tanto como para integrarlos en sus conjuntos naturales” (1). Por su parte Karl Popper señala algo similar cuando considera que en el camino de la demarcación, en aras de diferenciarse, la ciencia: “en sus ansias de aniquilar la metafísica, aniquila juntamente con ella la ciencia natural. Pues tampoco las leyes científicas pueden reducirse lógicamente a enunciados elementales de experiencia” (7).

La historia de la ciencia contiene muchos ejemplos de ese aferramiento “ciego” a los paradigmas establecidos. Kuhn en “la Historia de las Revoluciones científicas” recuerda los casos de Copérnico, Newton, Lavoisier y Einstein, cuyas teorías fueron rechazadas por un tiempo considerable antes de ser aceptadas. Tal vez el ejemplo más elocuente es el de la teoría heliocéntrica, que produjo un cambio radical en la comprensión del universo. Desde Ptolomeo (siglo III A, de C) se había considerado que la tierra era el centro del universo, sin embargo los estudios de Copérnico lo llevaron a proponer que el sol era el centro y que la tierra y todos los planetas giraban alrededor de él. La resistencia a aceptar los estudios de Copérnico hizo que, a pesar de la evidencia, solo un siglo después de su publicación fuera aceptada su teoría como nuevo paradigma (6).

Al igual que Copérnico, Freud, al plantear la teoría del inconsciente dinámico, fue fuertemente atacado por disentir de las teorías existentes, las cuales no aceptaban la existencia de una parte de la mente a la cual el conocimiento consciente no pudiera acceder. La posición dogmática acerca de que el mundo psicológico es enteramente consciente, se ha visto cuestionada por la teoría freudiana y más de cien años después persiste en algunos hombres de ciencia la resistencia a integrar el estudio del inconsciente como parte ineludible del sujeto cognoscente, desconociendo las innumerables pruebas clínicas y de la incontable evidencia a favor del método psicoanalítico de investigación como productor de conocimiento acerca del mismo.

Resulta este un punto delicado en el abordaje de la investigación científica, en especial porque en buena medida cuestiona la propia confianza en lo que conocemos como ciencia. Edgar Morin llama la atención sobre el asunto y para hacerlo explica que a pesar de que el conocimiento científico es un medio poderoso de detección de errores y de lucha contra las ilusiones, los paradigmas que controlan la ciencia pueden desarrollar ilusiones, convirtiéndose en verdaderas doctrinas reinantes que: “determinan los estereotipos cognitivos, ideas recibidas sin examen, creencias estúpidas no discutidas, absurdos triunfantes, rechazos de evidencias en nombre de la evidencia y hacen reinar bajo

los cielos conformismos cognitivos e intelectuales” (1).

Esa dogmática falta de flexibilidad frente a nuevas propuestas del conocimiento, llevó a Max Plank al extremo de considerar que la aceptación de un nuevo desarrollo científico, afectado por el necesario rechazo a un paradigma reinante, no depende directamente de la fuerza del nuevo conocimiento aportado, sino de la desaparición de los defensores del antiguo paradigma: "una nueva verdad científica no triunfa por medio del convencimiento de sus oponentes, haciéndoles ver la luz, sino más bien porque dichos oponentes llegan a morir y crece una nueva generación que se familiariza con ella" (6).

Al lado del aferramiento a los paradigmas reinantes, que constituye una permanente amenaza para el avance del conocimiento, se encuentra la restringida capacidad humana para encontrar la verdad de las cosas. "En general, el intelecto humano no ha demostrado tener una intuición muy fina para la verdad, ni la mente humana ha mostrado una particular tendencia a aceptarla. Más bien, por el contrario, hemos comprobado siempre que nuestro intelecto yerra muy fácilmente, sin que lo sospechemos siquiera, y que nada es creído con tal facilidad como lo que, sin consideración alguna por la verdad, viene al encuentro de nuestras ilusiones y de nuestros deseos", sentenció en su momento el investigador de los impulsos y los instintos, Sigmund

Freud (4). En acuerdo con él se han pronunciado muchos estudiosos del tema del conocimiento científico, entre ellos el mismo Karl Popper quien hizo énfasis en la limitación del ser humano para alcanzar la verdad: "No he supuesto un solo instante que, en virtud de unas conclusiones "verificadas", pueda establecerse que unas teorías sean "verdaderas", ni siquiera meramente "probables" (7).

La ciencia, concebida como la organización sistemática del conocimiento, no tiene dueños, pues no hay propietarios exclusivos de la verdad, solamente hay practicantes que tratan de encontrar la mejor explicación de los hechos que percibimos. Salta a la vista que el asunto de la ciencia es pragmático y que los científicos son practicantes que crean hipótesis que, concebidas a partir de hechos conocidos, confirman o refutan a partir de esos mismos hechos. Popper ilustra el tema comparando las teorías con redes que lanzamos para apresar aquello que llamamos "el mundo", para racionalizarlo, explicarlo y dominarlo; "y procuramos que la malla sea cada vez más fina" (7). Una teoría no refutada constituye una realidad temporal, al llegar a este punto, Popper plantea que el método científico más que alcanzar la verdad al confirmar las hipótesis, lo que intenta es darles solidez sometiéndolas al método de falsación. Así las cosas nuestro conocimiento a través del método científico no alcanza certezas, tan solo apuntala

la objetividad del conocimiento sometiendo las hipótesis a refutación.

Como vemos los filósofos han realizado enormes esfuerzos y librado más de una batalla para definir un método científico mediante el cual la organización del conocimiento humano se alcance de forma estructurada y con la mayor verificabilidad posible. En palabras de Lacan podríamos decir que: “una buena parte de los esfuerzos de la filosofía consiste en buscar librarse de ella” (5), paradoja según la cual si el hombre alcanzara, a través del método científico, la “verdadera verdad” no necesitará de la filosofía.

Desde otra perspectiva, pero también centrado en el interés por el conocimiento, el psicoanálisis intenta aportar a la comprensión del cómo se llega a ese conocimiento. Basado en la observación cuidadosa y sistemática del infante humano y en el estudio de las motivaciones inconscientes en los enfermos mentales, el psicoanálisis ha construido una teoría acerca del sujeto cognoscente, apalancada en un método de investigación desarrollado a partir de Freud y cuya característica fundamental es que intenta controlar las variables propias del observador en procura de una mayor objetividad. Este afán por lograr la objetividad del observador llevó a Wilfred Bion a postular la propuesta imposible de la “no memoria no deseo”, en la escucha del paciente con la finalidad de evitar el sesgo propio” (8).

Siguiendo el desarrollo humano desde sus inicios, tal y como lo ha propuesto el psicoanálisis desde su concepción, entendiendo que es en los primeros años donde se construyen las bases de lo que será la vida del sujeto, podríamos decir que la actividad de conocer se inicia en la curiosidad del infante humano para quien todo lo que sucede a su alrededor y lo que sucede dentro de él mismo es nuevo, maravillosamente nuevo. Conocer es para el niño una inevitable aventura de la cual no solo depende su subsistencia sino que además de ella obtiene placer (9). Se inicia así el juego permanente de aprender, el cual en la especie humana tiene unas características especiales desde el punto de vista del desarrollo, pues la maduración es lenta y el infante depende por varios años de otras personas, antes de lograr una existencia independiente. A este aspecto del desarrollo, denominado neotenia, consideran Boris Cyrulnik y Edgar Morin en su libro “Diálogos Sobre la Naturaleza Humana”, se debe la permanente capacidad creativa del ser humano, que se ve incrementada de forma significativa con la aparición del lenguaje (10). El infante humano investiga cada cosa y cada hecho, en realidad sin un método organizado, mejor sin un método aprendido, sin embargo, la observación indica que su conocer del mundo sigue los pasos descritos por Descartes en la segunda parte del Discurso del Método: busca evidencias, analiza, sintetiza y luego comprueba por la experiencia la

confiabilidad de sus descubrimientos (11). De esa experiencia construida a fuerza de frustraciones y satisfacciones, el infante humano deriva placer y la convierte en un juego que cada vez se estructura en mayor medida y que se moldea en el marco de lo que “otros” diseñaron para ese efecto, la educación.

Al final de la formación educativa básica y más adelante en la formación profesional, el neófito se convierte en el experto que ha aprendido y desarrollado los conocimientos y las técnicas de los paradigmas propios de su cultura. Así la investigación y el conocimiento científico constituyen la herencia de la curiosidad propia de los seres humanos y avanzan gracias a la inmensa capacidad creativa propia de un sistema neurológico en el que la complejidad es el componente más común. Nada trascendental, como lo dejó explícito hace siglos Platón, nada definitivo, como en un juego, muchas veces se alcanza el objetivo, muchas veces no y como en el juego, lo importante para el científico es intentarlo.

Volviendo atrás y soportados en el hecho fundamental referente a que el afán de conocer, además de soportarse en la necesidad de encontrar certezas es una característica humana ejercida desde el nacimiento mismo, diremos que uno de los elementos más importantes del juego investigativo es el de ser conscientes de las propias limitaciones. Resulta primordial no perder la capacidad de

ser humildes frente a nuestro conocimiento, porque paradójicamente, el único camino disponible para el conocimiento es la ignorancia. Cuando se olvida este principio y se sostiene la creencia ciega en un paradigma, se corre el riesgo de pasar de la sabiduría a la estupidez. Por esa razón, mantener la humildad frente al alcance de nuestro conocimiento, resulta ser la base sólida sobre la que podemos refutar las teorías y de ser necesario, construir unas nuevas. No es un asunto nuevo, el propio maestro de Platón, Sócrates, trascendió en la historia, más por la llamada “ironía Socrática” puesta de presente en la conocida frase de “Yo sólo sé que no sé nada”, que por sus lecciones de mayéutica las cuales terminaron ridiculizando a los sofistas. En este sentido la paradoja señala que solo se puede aspirar a la sabiduría si se tiene conciencia de la propia ignorancia. Si se alcanza la sabiduría finaliza la necesidad del conocimiento y por tanto la ciencia. En forma magistral, en su autobiografía, Karl Popper destaca lo importante que resulta este hecho: “...porque fue mi maestro quien me enseñó no solamente cuan poco sabía, sino también que cualquiera que fuese el tipo de sabiduría a la que yo pudiese aspirar jamás, no podría consistir en otra cosa que en percatarme más plenamente de la infinitud de mi ignorancia” (12).

Lo que hasta aquí hemos visto es que la ciencia tiene sus orígenes en la curiosidad infantil, que al avance en el

conocimiento se oponen elementos constitutivos del propio ser humano como son la necesidad de creer en algo o en alguien que de seguridad y confianza y unida a tal necesidad la limitación para evaluar la verdad. Estos elementos deben ser tenidos en cuenta por quien investiga y de ellos debe derivar como característica fundamental la humildad del sujeto que investiga frente al conocimiento obtenido. Así las cosas y basado en esas premisas, se desarrolla el avance del conocimiento, sin embargo aún se advierte otro obstáculo, el cual desde nuestra humilde perspectiva se constituye como el más grande impedimento para el desarrollo del conocimiento a través de la historia de la humanidad. Me refiero a la dificultad del ser humano para mirarse a sí mismo, para examinar el aparato del análisis con el propio aparato del análisis. Tema este en el cual emerge inmensa la figura de Freud como investigador.

Cuando Freud llegó a la estructuración de la teoría acerca del funcionamiento del inconsciente dinámico y con ello de la teoría psicoanalítica, aportó al conocimiento científico un nuevo paradigma, el cual, como lo señala Kuhn para todas las revoluciones científicas, ha tenido que trasegar por duros caminos para ser aceptado (6). La propia concepción del inconsciente cuestiona toda la historia del conocimiento, pues demuestra la enorme restricción de los seres humanos para mirarse a sí mismos. Durante siglos, la ciencia ha

desconocido al sujeto. Sin embargo, queramos o no, el sujeto, tal como lo planteara *Jiddu Krishnamurti*, hace parte de lo que observa, “el observador es el contenido” (13). Los hechos percibidos no están solamente a nuestro alrededor sino dentro de nosotros mismos y muchas veces ni siquiera pareciera que los percibimos, sino que nos asaltan sin poder controlarlos. Este hecho definitivamente hace más compleja la observación, pues implica que lo que percibimos debe ser examinado desde dónde se percibe, o sea desde el propio sujeto, el cual al mismo tiempo es el objeto de la observación.

En orden de obviar esta dificultad, la ciencia positiva en afán de alcanzar la ilusión de obtener un conocimiento objetivo optó por eliminar al sujeto. En este punto es claro que el supuesto epistemológico sobre el que se edificó la empresa científica moderna sostiene “que el mundo existe independientemente de nosotros, los observadores”, así lo señala Karen Entrialgo al tiempo que advierte que: “la exclusión del sujeto en la ciencia aparece como condición de posibilidad de la ciencia misma” (14).

Humberto Maturana y Francisco Varela señalan que esta situación se debe a que nuestra cultura está centrada en la acción y no en la reflexión y que derivado de ese pragmatismo ciego pareciera existir un tabú que indicara: “Prohibido conocer el conocer”. Consideran los

autores, y nosotros con ellos, que esa ignorancia es uno de los peores escándalos que se pueden encontrar en el mundo. Consideran que aunque resulte complejo, es indispensable utilizar el instrumento de análisis para analizar el instrumento del análisis, porque: “todo conocer depende de la estructura del que conoce” (2). No queda duda de que este principio, independientemente de otras consideraciones, resulta fundamental para nuestro interés de conocer el mundo. En consonancia con las anteriores consideraciones Edgar Morin en su libro “Los Siete Saberes Necesarios a la Educación del Futuro”, recomienda que: “El conocimiento del conocimiento que conlleva la integración del conociente en su conocimiento debe aparecer ante la educación como un principio y una necesidad permanente” (1). De estas apreciaciones concluimos que eliminar el sujeto a la hora de evaluar el objeto de observación científica, lleva a un sesgo irreparable en el conocimiento, si no se tiene en cuenta al sujeto que investiga, resulta imposible llegar a un conocimiento mínimamente válido.

Y es en el camino de observar al observador como presupuesto indispensable para la estructuración de una epistemología cercana a la realidad, donde aparece el psicoanálisis como paradigma, constituyendo una teoría científica reconocida universalmente, que durante un periodo de tiempo importante ha proporcionado un modelo de la mente humana reproducido

en millones de seres humanos, el cual ha demostrado la existencia de un segmento inconsciente en nuestro funcionar mental que debe ser tenido en cuenta para cualquier observación de los seres humanos, incluido por supuesto el método científico.

El psicoanálisis como método de investigación no sólo logra evidenciar la existencia del inconsciente sino que, en condiciones clínicas de tratamiento, ha probado que si se controlan cuidadosamente las variables es posible acercarse al conocimiento de la propia mente como objeto de investigación.

Algunos elementos de la técnica psicoanalítica así lo corroboran, ejemplo de ello son el análisis del analista y las supervisiones de caso, que buscan ubicar “puntos ciegos” en el observador. De otro lado, el cuidadoso control del encuadre y el análisis de la contratransferencia, evidencian la preocupación metodológica por mantener controladas variables propias del observador en ánimo de lograr mayor objetividad.

Las dificultades que hasta aquí he enunciado, acerca del cómo conocemos, se refieren al sujeto cognoscente. Sin embargo, resulta determinante tener en cuenta las características correspondientes al objeto de la observación. Para efectos de este trabajo nos interesan puntualmente la distancia del objeto observado y su constitución.

En ánimo de ubicar las ideas psicoanalíticas en el contexto científico y su validez, debemos tener presente que la distancia del objeto en gran medida determina la objetividad de la percepción. Si el objeto se encuentra a gran distancia, la observación corre el riesgo de ser afectada por las limitaciones que impone el alcance de nuestros sentidos; la astronomía por ejemplo, ha diseñado aparatos que multiplican el alcance de la visión para lograr delimitar galaxias que de otra manera serían inalcanzables. En el otro extremo, la dificultad se nos antoja mayor, la cercanía del objeto observado se presta a confusiones perceptuales. Este es el caso de las ciencias que se ocupan del estudio del funcionamiento mental, aquí la objetividad está limitada porque el objeto de observación lo constituye el propio sujeto.

En lo referente a la constitución del objeto esta resulta determinante para la objetividad de la observación, pues si el objeto está al alcance de la percepción la observación resulta relativamente sencilla, en contraste, cuando el objeto de observación resulta evanescente y difícil de delimitar por medio de los órganos de los sentidos, la objetividad se reduce. Para la física, la mecánica cuántica resulta el mejor ejemplo, pues gracias a su desarrollo se pueden determinar cualidades en objetos que dado su tamaño son difícilmente accesibles a los órganos de los sentidos. Sin embargo, y a pesar de su complejidad, el asunto de la

mecánica cuántica resulta proporcionalmente más sencillo al compararlo con el estudio del funcionamiento mental. En este caso el objeto de estudio no solo no tiene distancia con el observador sino que en gran medida no se trata de algo tangible, no tiene medida y no responde a patrones simples siendo por excelencia un modelo de complejidad para el cual, el camino de la comprensión debe incluir la observación desde varias perspectivas.

Las ciencias que estudian el funcionamiento mental comparten las dificultades anotadas. La psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis, por encontrarse en ese límite invisible entre lo tangible y lo intangible, lo físico y lo metafísico, constituyen un reto para el conocimiento y por ende para la investigación científica.

La historia de la psiquiatría constituye un buen ejemplo para el tema que nos ocupa en este trabajo. Constituyendo la rama de la medicina encargada del estudio de las enfermedades mentales la psiquiatría ha realizado a través de su historia un continuo esfuerzo por crear teorías que se constituyan en puntos de apoyo sólidos para continuar el camino hacia la comprensión del funcionamiento de la mente y del tratamiento de las enfermedades mentales. Ejemplo actual del asunto es la construcción de una clasificación de las enfermedades mentales, la cual no se ha logrado organizar por falta de elementos contundentes

que den confiabilidad, en el contexto científico, a las propuestas. Lo fundamental, para que no nos llamemos a engaños, es el problema de querer que las enfermedades mentales respondan a patrones de organización generales y previsibles, entonces nos encontramos con que rebeldemente esas enfermedades se resisten a ser homologadas.

Así, movida por el deseo de organizar el conocimiento adquirido a través de siglos de observación de las enfermedades mentales, la psiquiatría intenta construir una clasificación. Adscrita al paradigma de la ciencia médica en el cual el diagnóstico constituye la base sobre la cual se fundamenta el tratamiento, busca con ansias la clasificación que brinde un norte sobre el qué hacer con sus pacientes. Lamentablemente las enfermedades mentales no responden a patrones sólidos de comportamiento y las descripciones de la patología varían de un individuo a otro con sutileza, es así que no existe ningún marcador de laboratorio que haya demostrado ser específico en la identificación de ninguno de los síndromes definidos en la clasificación DSM IV, al mismo tiempo los estudios epidemiológicos y clínicos muestran índices extremadamente altos de comorbilidad entre los trastornos, socavando la hipótesis de que los síndromes representan diferentes etiologías. Finalmente, en lo tocante al tratamiento no existe un índice significativo de selectividad de los psicofármacos respecto de las en-

fermedades y en general la falta de especificidad es la regla más que la excepción (15). Se deriva de estas circunstancias que la importancia del ejercicio diagnóstico en psiquiatría, más que una guía terapéutica, constituye un lenguaje que indica que cuando hablamos nuestro interlocutor se lleva una idea de qué hablamos, no una certeza.

Como vemos es evidente que, al igual que el psicoanálisis, la psiquiatría no escapa a las dificultades que plantea la investigación científica. Las dos disciplinas, venidas del campo de la medicina y encargadas de brindar conocimiento acerca del funcionamiento mental, comparten la dificultad propia de la aproximación al objeto de observación que comparten, la mente humana.

A pesar de la cercanía que connota el compartir el mismo objetivo en la investigación científica, la psiquiatría y el psicoanálisis se separaron de forma importante durante la segunda mitad del siglo XX. Cada una por su lado dedicó sus esfuerzos investigativos a lograr el objetivo de comprender el funcionamiento de la mente, intentando constituir el verdadero paradigma universal acerca de la etiología de las enfermedades mentales al tiempo que cada una fortalecía su identidad. En ese camino la competencia las llevó en ocasiones a caer en el sofisma por el cual se espera que desvirtuando una teoría se fortalezca la propia; siguiendo a Kuhn: resulta más importante

derrotar el paradigma reinante que establecer la veracidad del nuevo paradigma que se pretende establecer. Esta situación a todas luces desfavorable para ambas disciplinas, dio como resultado que de lado y lado los científicos se aferraran a todo tipo de paradigmas, algunos ciertamente movidos por oscuros intereses académicos y financieros. La ilusión se vio alimentada, como en todos los campos del conocimiento, por el deseo de encontrar la “verdadera verdad”, que al tiempo que promete constituir la mayor fortaleza del quehacer científico, se advierte como su talón de Aquiles.

Así las cosas, durante la segunda mitad del siglo XX el psicoanálisis fue testigo del aferramiento paradigmático a la teoría y la técnica establecida en las primeras décadas y, durante un largo periodo de tiempo, las ideas de Freud y el desarrollo de la teoría y de la técnica psicoanalíticas padecieron el dogmatismo característico a muchas disciplinas científicas, en un modelo cercano a lo que Khun ha denominado la ciencia normal. Muchos psicoanalistas se aferraron a las ideas y teorías psicoanalíticas sin preocuparse mucho por su contrastación, situación que llevó a las escuelas de psicoanálisis a convertirse en verdaderos templos de enseñanza de teorías cuya confirmación no era decisivamente buscada ya que de hecho representaban conceptos racionales y lógicos, nacidos de la experiencia obtenida a través de cuidadosos tratamientos

individuales, desarrollados por prestigiosos psicoanalistas y compartidos por miles de profesionales en todo el mundo. La necesidad de someter la teoría y los postulados psicoanalíticos a comprobación bajo la lente del método científico no resultó por mucho tiempo una necesidad urgente (16).

Esa situación estática en el devenir científico del psicoanálisis ha venido cambiando en las últimas décadas durante las cuales muchos hombres y mujeres de ciencia, entre los que se cuenta un gran número de psicoanalistas, han emprendido la tarea de someter sus postulados a rigurosas contrastaciones y han replicado millones de veces sus hallazgos. Es claro que la metodología tradicionalmente utilizada en la investigación psicoanalítica resulta diferente del método científico usual el cual acostumbra a basar la confiabilidad de sus resultados en el estudio de enormes muestras que deben resultar “estadísticamente significativas”. En contraste, el psicoanálisis basa sus hipótesis en cuidadosas observaciones de caso, que son sometidas constantemente a contrastación. Esa diferencia abona el camino de la crítica, la cual en ocasiones ha resultado desmedida y pobremente fundamentada.

De manera inexplicable importantes figuras en el campo de la investigación científica abandonan el rigor que imponen en sus propias investigaciones, para criticar sin sustento el método y la validez de las ideas

psicoanalíticas, descalificando de antemano un método de investigación y una técnica que han logrado aportar de forma importante al conocimiento de la mente humana. En el fondo pareciera que la intolerancia a la diferencia en el método, constituyera la piedra en el zapato para quienes se niegan a considerar que la aproximación al conocimiento de la mente humana, en sus complejos contenidos conscientes e inconscientes, sólo se puede lograr a través de observaciones cuidadosas de caso y con un celoso control de las variables.

Ya de por sí homologar la conducta humana a través de la categorización de los contenidos perceptibles a la consciencia, en clasificaciones descriptivas, se ha convertido en un galimatías, caso dolorosamente ilustrado en la construcción de DSM V. La inclusión de los contenidos inconscientes del sujeto hace aún más complejo el asunto, sin embargo resulta necesaria si se quiere hacer una aproximación al sujeto como un todo del cual las partes no dan sino una visión parcial (17). En este sentido las categorizaciones basadas únicamente en lo descriptivo resultan claramente insuficientes.

Espero que las consideraciones hasta aquí expuestas resulten suficientes para ilustrar el hecho referente a que el camino de la comprensión del mundo no es cosa de dogmas o creencias finalistas, sino de hombres de ciencia que mantienen la mente

abierta a la crítica y en ocasiones de genios capaces de defender los hechos que les son evidentes, por encima de la creencia ciega en ideas o ideales heredados por generaciones. Esa es la razón del epígrafe de este escrito, en el cual Nietzsche invita a sus alumnos a la irreverente experiencia de no creer ciegamente en él.

A esa clase de hombres de ciencia perteneció Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis, quien mantuvo durante toda su vida la mente abierta a nuevas posibilidades de conocimiento y eso le sirvió para no adscribirse a una sola posibilidad de explicación, prueba de ello son las tres teorías instintivas o la comprensión metapsicológica de la mente.

De esa personalidad dispuesta a defender los hechos por él evidenciados aún a costa de perder el afecto de sus maestros, ya daba cuenta antes de haber concebido el psicoanálisis como teoría científica. Sucedió en 1886 a su regreso de París donde había estudiado el método hipnótico al lado de Charcot. Entusiasmado se dispuso a compartir con sus colegas la experiencia obtenida, encontrando una gran resistencia entre ellos, en especial de parte de su profesor Theodor Meynert, experto anatomo-fisiólogo, quien antes del viaje de Freud a París había sido su tutor y quien de hecho influyó para que fuera nombrado profesor. Los comentarios descalificadores de Meynert hacía el método hipnótico

que Freud había estudiado en París se hicieron frecuentes, hasta que la diferencia se hizo evidente durante la reunión llevada cabo el 15 de octubre de 1886 cuándo Freud presentó su trabajo sobre la histeria en el cual incluyó la teoría de Charcot acerca de la histeria masculina, esto fue muy mal recibido por su maestro, el cual estaba convencido de que el único fundamento válido en la etiología de las enfermedades mentales era el anatómico y fisiológico: “No dejo de sentir una compasión mezclada con simpatía hacia aquellos colegas que, acaso en forma altruista, y confiados en sus primeros éxitos, descienden a la función, digna de una enfermera, de fastidiar a la gente con sus intentos de inducir el sueño mediante la sugestión”, manifestó Meynert en una ocasión y agregó: “sería una gran desgracia que se extendiera entre los médicos esta epidemia psíquica” (18). Sobre esa presentación de octubre del 86, Freud escribió en su autobiografía: “Esta vez tuvieron que rendirse a la evidencia. Pero se desinteresaron en seguida de la cuestión” y, “La impresión de que las grandes autoridades médicas, habían rechazado mis innovaciones, obtuvo la victoria. Y me vi relegado a la oposición con mis opiniones sobre la histeria masculina, después me cerraron las puertas del laboratorio de anatomía cerebral y me vi falto de local en el que dar mis conferencias...” (19). Y en referencia a la dureza de la crítica de su maestro escribió: “..., el respeto a la grandeza, especialmente a la grandeza intelec-

tual, constituye por cierto una de las mejores cualidades de la naturaleza humana. Pero ha de quedar relegado a un segundo lugar cuando se trata del respeto a los hechos. No hay por qué avergonzarse de admitir esto, cuando en lugar de buscar apoyo en una autoridad, uno se apoya en el propio juicio, formado en el estudio de los hechos” (18). Elocuentes resultan estas palabras para ilustrar el carácter del investigador que, con respeto hacia sus maestros y los paradigmas por ellos enseñados, apoyado en la evidencia, osa sustentar un nuevo conocimiento aún a costa de que este, y con él su autor, sean rechazados. Esa tenacidad característica de su personalidad, le sirvió a Freud para investigar de forma cuidadosa el funcionamiento mental desde la neurología de donde vino, hasta la construcción de todas las bases de la teoría psicoanalítica. Siguió cuidadosamente sus observaciones y dejó registro de cada avance en el conocimiento, sin olvidar nunca sus limitaciones: “Estamos dispuestos a reconocer las imperfecciones de nuestro conocimiento, añadir a él nuevos elementos e introducir en nuestros métodos todas aquellas modificaciones que puedan significar un progreso” (20).

Una polémica reciente nos recuerda el episodio de Freud y Meynert al tiempo que nos permite reflexionar un poco sobre la validez actual de las ideas psicoanalíticas. El *British Journal of Psychiatry* publicó un debate en el que participaron Lewis Wolpert,

catedrático de biología aplicada a la medicina en el departamento de anatomía y biología del desarrollo del University College of London y Peter Fonagy psicólogo y psicoanalista catedrático de psicología de la misma universidad. El debate se generó en la solicitud que realizó Wolpert al editor para que no se publicaran en la revista artículos basados en reportes de casos psicoanalíticos (21). Wolpert sustentó su solicitud en que, a su juicio, estos reportes no aportan al conocimiento de las enfermedades mentales e hizo algunos planteamientos como por ejemplo que: “El principal problema del psicoanálisis es que no intenta lograr principios generales que puedan ser usados para ayudar a otros pacientes a partir de las historias de caso”. Además agregó que al no tener en cuenta los diagnósticos del DSM IV en el tratamiento psicoanalítico “el paciente no sufre de una enfermedad definida, entonces no se trata de encontrar una cura”, pues en su opinión en psicoanálisis: “cada caso es en esencia la relación entre el analista y el paciente”, y finalmente considera que los tratamientos psicofarmacológicos “no tienen cabida en el tratamiento psicoanalítico”. Como veremos más adelante, los cuestionamientos de Wolpert resultan inaceptables viniendo de un hombre que ha dedicado gran parte de su vida al juicioso ejercicio del método científico, razón por la que no se comprende cómo puede realizar una crítica basada en argumentos tan débiles.

La firmeza con la que Wolpert afirma que el Psicoanálisis “no intenta lograr principios generales que puedan ser usados para ayudar a otros pacientes”, sin perjuicio de otras consideraciones muestra, en el mejor de los casos, un pobre conocimiento del tema. La afirmación desconoce que en gran medida los tratamientos psicoterapéuticos que han ayudado a millones de seres humanos en la última centuria han derivado de estudios de caso.

La certeza mostrada por Wolpert, a más de estar más cercana a la fe de los creyentes que a la realidad del tema del que se ocupa, hace un pobre favor al pensamiento científico, el cual debería dar paso a la integración de saberes evitando la exclusión de quien no piensa exactamente como nosotros.

En el curso del debate Fonagy explica a Wolpert que el psicoanálisis ha sido participativo en el debate naturaleza-cultura y que ha brindado información acerca de los procesos psicológicos que pueden moderar la expresión de algunos genes. En referencia a que el psicoanálisis no tiene en cuenta los diagnósticos DSM IV, Fonagy manifiesta que es claro que el psicoanálisis está profundamente decepcionado con la actual nosología psiquiátrica la cual ve fuertemente influenciada por la industria farmacéutica, clínicamente poco útil y pobremente soportada empíricamente. A cambio de lo que sin fundamento supone Wolpert referente al diagnós-

tico, el mismo Freud intentó hacer clasificaciones de las enfermedades mentales basado en la etiología de las mismas; Fonagy por su parte se limita a recordarle que recientemente los psicoanalistas han hecho un esfuerzo para realizar el Manual de Diagnóstico Psicodinámico (22). Al cierre del debate Fonagy recuerda El estudio del Instituto Nacional de Salud Mental en Depresión (23), el cual mostró que los terapeutas que fueron más efectivos en aliviar la depresión de los pacientes mientras se les aplicaba placebo, fueron aquellos que estaban mejor capacitados como terapeutas, lo que considera no es reducible a la sola explicación de razones demográficas o a las características de la personalidad.

En el contexto actual las ideas psicoanalíticas, contrario a lo que algunos piensan, se fortalecen cada día. El reconocimiento ha sido realizado por importantes hombres de ciencia, entre ellos el premio nobel Erick Kandel, quien considera que el psicoanálisis representa la visión más coherente y satisfactoria de la mente desde el punto de vista intelectual, al tiempo que aboga por la integración entre la neurociencia y el psicoanálisis como un nuevo marco para la psiquiatría del siglo XXI (24). “Sería lamentable, incluso terrible que la riqueza de conocimientos que se han derivado del psicoanálisis cayera en el olvido durante el proceso de aproximación entre la psiquiatría y las ciencias biológicas” (16).

La integración de conocimientos propuesta por los filósofos de la ciencia, con Edgard Morin a la cabeza, es, en el caso del psicoanálisis un hecho real. En la actualidad y siguiendo el camino trazado por prestigiosos neurocientíficos, el estudio del inconsciente avanza, encontrando evidencias de ser una teoría conceptualmente bien organizada y debidamente sustentada en cuidadosas observaciones psicoanalíticas. Al punto que por ejemplo Antonio Damasio considere que la aproximación realizada por Freud sobre la conciencia concuerda con “los puntos más avanzados de la neurociencia contemporánea”, cosa que realmente sorprende por dos razones: la primera porque resulta increíble que por tantos años la neurociencia pudiera mantener un constructo conceptual de comprensión de la memoria sin considerar el componente inconsciente de la misma, al cual Glenn Gabbard ha denominado memoria implícita. La segunda razón que nos causa sorpresa es el desconocimiento acerca de la convicción que mantuvo el propio Freud acerca de que toda su teoría tendría en el futuro una explicación venida de las neurociencias (18).

El camino de contrastar las propuestas teóricas del psicoanálisis con otras disciplinas como la genética o la neurociencia no resulta fácil, es un gran reto del cual no podemos estar seguros de en qué punto nos encontramos. Mark Solms ilustra el tema cuando afirma que a la neuro-

ciencia le ha llegado el momento de investigar el “problema difícil” el cual, según su conocimiento, consiste en determinar cómo se pasa de la neuroquímica a la sensación: “antes se consideraba un problema filosófico, pero ahora se trata de uno científico, que puede abordarse desde el punto de vista experimental” (24). Solms ha sido uno de los psicoanalistas más interesados en que el psicoanálisis se acerque a la neurociencia, cosa que ha ocupado gran parte de su tiempo como investigador. Su trabajo plantea una visión crítica acerca del aislamiento del psicoanálisis del contexto científico, en especial de las neurociencias: “los psicoanalistas no habían podido convencer a la comunidad científica de que en verdad habían revelado las leyes que gobiernan esta parte, la más maravillosa de la naturaleza: nosotros mismos”. Para él integrar conocimientos de varias disciplinas resulta fundamental al momento de comprender el funcionamiento mental, basa su convencimiento en la idea de que, venga de donde venga la teoría de la mente, siempre se refiere a un solo aparato mental. En “El Cerebro y el Mundo Interior” obra publicada en compañía de Oliver Turnbull, expresa su confianza en que en un futuro cercano el psicoanálisis se constituya en “la ciencia de la subjetividad humana” (24).

La experiencia vivida por el psicoanálisis a través de su historia, nos permite afirmar que en realidad el psicoanálisis desde su concepción ha

constituido por excelencia la ciencia de la subjetividad humana. En ese sentido tenemos puesta nuestra esperanza en que el conocimiento humano pueda fortalecer cada día más sus teorías en el camino de acercarse a la “verdadera verdad” y esperamos que los avances tecnológicos y la investigación durante el siglo XXI, continúen confirmando la validez de las observaciones psicoanalíticas.

## Referencias

1. Morin E. Los Siete Saberes Necesarios a la Educación del Futuro. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio; 2001.
2. Maturana H, Varela F. El Árbol del Conocimiento: Las bases biológicas del conocimiento humano. Madrid: Debate; 1990.
3. Freud S. El Porvenir de Una Ilusión. Obras Completas Tomo III. 3ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva; 1973.
4. Freud S. Moisés y la Religión Monoteísta. Obras Completas Tomo III. 3ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva; 1973.
5. Lacan J. Seminario 9, La Identificación. [consultado diciembre 10, 2010]. Disponible en: <http://www.tuanaalista.com/Jacques-Lacan/13397/Seminario-9-La-Identificacion.htm>
6. Kuhn T. La Estructura de las Revoluciones Científicas. 3ª ed. México: Fondo De Cultura Económica; 2006.
7. Popper K. La Lógica de La Investigación Científica. 2ª ed. Madrid: Tecnos; 2008.
8. Bion W. Seminarios de psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós; 1978.
9. Freud S. Más Allá del Principio del Placer. Obras Completas Tomo III. 3ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva; 1973.
10. Cyrulnik B, Morin E. Diálogos Sobre la Naturaleza Humana. Barcelona: Paidós Ibérica; 2005. [consultado noviembre 8, 2010]. Disponible en: [www.psicoterapiarelacional.es/](http://www.psicoterapiarelacional.es/)

11. Descartes R. Discurso del Método. Bogotá: Panamericana; 1999.
12. Popper K. Búsqueda Sin Término, Una Autobiografía Intelectual. 4ª ed. Madrid: Tecnos; 1985.
13. Krishnamurti J. El circo de la contienda humana. El despertar de la inteligencia. Conversación con Alain Naudé. [texto en Internet]. [consultado diciembre 4, 2010]. Disponible en: [www.oshogulaab.com/JIDDU/TEXTOS/JIDDU-despertarconsciencia.html](http://www.oshogulaab.com/JIDDU/TEXTOS/JIDDU-despertarconsciencia.html)
14. Entrialgo K. La teorización psicoanalítica y el constructivismo como aproximaciones ontogenéticas al saber sobre el sujeto humano. Departamento de Ciencias Sociales Universidad de Puerto Rico. [consultado octubre 3, 2010]. Disponible en: <http://amauta.upra>
15. Mellor B, Massimiliano A. De la categoría a la dimensión: una mirada crítica a la evolución de la nosografía psiquiátrica. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.* 2009; 29(1):17-228.
16. Kandel E. Psiquiatría Psicoanálisis y la Nueva Biología de la Mente. Barcelona: Ars Médica; 2007.
17. Solís L. El Pensamiento Complejo. [monografía en Internet]. [consultado noviembre 8, 2010]. Disponible en: [www.pensamientocomplejo.com.ar](http://www.pensamientocomplejo.com.ar)
18. Jones E. Vida y Obra de Sigmund Freud. 3 ed. Buenos Aires: Ediciones Horme; 1979.
19. Freud S. Autobiografía. Obras Completas Tomo III. 3a ed. Madrid: Biblioteca Nueva; 1973.
20. Freud S. Los Caminos de la Terapia Psicoanalítica. Obras Completas Tomo III. 3a Ed. Madrid: Biblioteca Nueva; 1973.
21. Wolper L, Fonagy P. There is no place for the psychoanalytic case report in the British Journal of Psychiatry. *Br J Psychiatry.* 2009 Dec;195(6):483-7.
22. American Psychoanalytic Association. Psychodynamic Diagnostic Manual (PDM). Nueva York: Silver Spring, MD: Alliance of Psychoanalytic Organizations; 2006.
23. Blatt SJ, Sanislow CA, Zurof DC, Pilkonis PA. Characteristics of effective therapist: further analysis of data from The National Institute of Mental Health Treatment of Depression collaborative research program. *J. Consult Clin Psychol.* 1996;64:1276-84.
24. Solms M, Turnbull O. El Cerebro y el Mundo Interior. México DF: Fondo de Cultura Económica; 2004.